

El político weberiano (*)

Max Weber dedica una buena parte de sus preocupaciones acerca de lo que él considera debe ser un buen funcionamiento del gobierno, a las características que debe poseer el político, auténtico protagonista del escenario público weberiano, y poseedor de un papel decisivo en la dinámica política cotidiana, ya sea en su papel “innovador” de prácticas políticas novedosas, de propuestas morales sustantivas y de políticas públicas, como de su vigilante papel de cuidadoso controlador de la omnipresente burocracia moderna.

Pero, ¿por qué razón Weber pone mayor énfasis en las características necesariamente definitorias de los actores políticos individuales más que de los colectivos? ¿por qué razón dedica buena parte de su argumentación para explicarnos las peculiaridades del político profesional?

PROTAGONISMO DE LOS GRANDES HOMBRES

A lo recién señalado es posible responder dos cosas: 1. Por un lado se puede el énfasis se debe al diletantismo y la inoperancia de los políticos profesionales que formaban parte de lo que nuestro autor llama el “legado de Bismarck”, situación que empuja a Weber a llamar la atención sobre este punto específico. 2. Por otro lado, que responde a la idea weberiana del sujeto individual como motor del cambio político.

Pasemos entonces a considerar el punto 2, ya que el 1 fue tratado anteriormente en un artículo anterior.

Es posible percibir claramente en Weber la idea del individuo como elemento político innovador al cual es necesario recurrir para gobernar las democracias modernas. Vemos aquí, sin demasiada dificultad, el reclamo nietzscheano del ineludible protagonismo de los grandes hombres en las epopeyas de su época. Aunque Weber no dejará de reconocer a los sujetos colectivos de la política (los sindicatos, los partidos políticos, etc.), el protagonista central de la política -tal cual Weber la entiende y desea- es el individuo, el desencadenante de la acción política es el político profesional. El sujeto carismático individual encarnará el momento innovador

que reemplazará al contexto vigente.

El dirigente político debe poseer para Weber, determinados atributos psicológicos que lo alejan del común de los mortales y le sitúan en el papel de responsable de las iniciativas políticas que habrán de regir los destinos públicos. Así, su rol es mucho más significativo que el de un ciudadano común, y se espera precisamente por ello, que exprese determinadas peculiaridades (una fuerza rectora, visible, intensa) como la firmeza o la voluntad, similares a las que debe poseer un gran timonel capaz de dirigir la nave a buen puerto.

Por otra parte, los atributos de moralidad política (si se quiere hasta en un sentido clásico) que lo estimulan para regirse por una causa y no por mera ambición de poder y la cuestión de la responsabilidad -la elección de los medios más idóneos para alcanzar sus propios fines-, convierte a la acción política en una acción teleológica, en un compuesto que nos presenta a un sujeto político firmemente modelado en la lucha, con “voluntad” previa y fines dados, que a su vez actúa frente a otros individuos con diferentes principios y diferentes motivaciones, situación que habrá que resolver de distintas maneras según el caso (negociación, deliberación, etc...)

Dice Weber al respecto: “Puede decirse que son tres las cualidades decisivamente importantes para el político: pasión, sentido de la responsabilidad y mesura...La pasión no convierte a un hombre en político sin o está al servicio de una “causa” y no hace de la responsabilidad para con esa causa la estrella que oriente la acción. Para eso se necesita (y esta es la cualidad psicológica decisiva para el político) mesura, capacidad para dejar que la realidad actúe sobre uno sin perder el recogimiento y la tranquilidad, es decir, para guardar la distancia con los hombres y las cosas. El “no saber guardar distancias” es uno de los pecados mortales de todo político y una de

esas cualidades cuyo olvido condenará a la impotencia política a nuestra actual generación de intelectuales.!” (Weber, 1984: 153-154)

EL BUEN SUJETO POLITICO

Weber les recuerda así a los “intelectuales”, a los “dilettantes” que poblaban las cámaras bismarckianas que la política es un territorio de conflicto y de lucha y que ofrece medios de acción muy poco “puros” -negociación o coerción- que deben ser usados con extrema responsabilidad. En esta visión de la política ofrecida por Weber, resulta opacada una concepción más comunicacional o dialógica de la política, y se resaltan los contenidos más confrontacionales o negociales. De esta manera, la óptica weberiana intenta presentar a la política como un juego público donde valores morales y modelos de vida buena, entran en conflicto, intentando confrontar estrategias y amenazas, buscando imponer ciertas verdades parciales sin poner de manifiesto, por lo menos en una perspectiva que busque un genuino diálogo en el que se busquen las mejores razones públicas, argumentos que intenten persuadir al oponente de la razonabilidad de determinadas posturas ante los problemas de gobierno. Con esto no se pretende sostener que la deliberación no se efectúa, sino que la argumentación esgrimida no tiene como finalidad principal el convencer al resto de los sujetos deliberantes, sino más que nada el exponer frente a la opinión pública los propios principios que llevan al exponente a luchar por determinada postura moral o política.

Uno de los aspectos centrales que menciona nuestro autor al pensar en la naturaleza del buen sujeto político es la de la independencia económica. En esto recoge una antigua tradición de la teoría política clásica que identificaba y vinculaba la idea de independencia de acción con independencia económica: quien no es independiente económicamente no puede serlo políticamente. De allí la célebre distinción weberiana de los políticos que viven de la política y de los que viven para la política:

Hay dos formas de hacer de la política una profesión. O se vive “para” la política o se vive “de” la política. La oposición no es en absoluto excluyente. Por el contrario, generalmente se hacen las dos cosas, al menos idealmente; y, en la mayoría de los casos también materialmente. (Weber, 1984: 95)

(*) Este es el tercero de un serie de tres artículos en que se trata del pensamiento de Max Weber, escritos por Pablo Ney Ferreira. Los anteriores se publicaron en los números 399 y 403.

Si tenemos en cuenta que la política es básicamente la defensa de determinadas posturas que busquen maximizar cuestiones de valores, la fotografía ideal del político para Max Weber, es la del abogado. Siendo una empresa de interesados, la política necesita de buenos defensores de intereses que buscan imponerse frente a otros, de allí es que surge la figura del abogado como símbolo de quien defiende una postura con pasión y mesura a la vez.

Va a decir Weber acerca de la posición privilegiada del abogado para la acción política: "Una empresa política llevada a cabo a través de los partidos quiere decir, justamente, empresa de interesados...la función del abogado es la de dirigir con eficacia un asunto que los interesados le confían, y en esto, ...el abogado es superior a cualquier funcionario." (Weber, 1984; 114)

El abogado posee algunas características que lo convierten en particularmente adecuado para la tarea política. Tres de ellas son resaltadas por Weber. El abogado conoce de leyes, por lo tanto parece ser un elemento idóneo para que se dedique a legislar y a discutir con la burocracia; por otro lado posee un lugar desde donde actuar, el buffet de un abogado parece un lugar adecuado desde donde puede realizar su tarea; y por último su independencia económica, ningún obrero, empresario, médico, tendrían la posibilidad temporal de dedicarse con pasión a la actividad política profesional, puesto que no son libres, dependen de un estipendio económico, y carecen de la autonomía requerida para tal actividad.

El político para Weber debe vivir de y para la política, de otra manera significaría un puro reclutamiento plutocrático, ya que muy pocos individuos podrían dedicarse todo el tiempo a los asuntos públicos. Tal expectativa quedaría reducida a los rentistas y a la gente de clase alta, quedando excluidos la inmensa mayoría de ciudadanos: "...el reclutamiento no

plutocrático del personal político, tanto de los jefes como de los seguidores, se apoya sobre el supuesto evidente de que la empresa política proporcionara a este personal ingresos regulares y seguros. La política puede ser "honoraria", y entonces estará regida por personas que llamaríamos independientes, es decir, ricas, y sobre todo por rentistas; pero si la dirección política es accesible a personas carentes de patrimonio, estas han de ser remuneradas." (Weber, 1984, 99)

TEORÍA DE LA "DEMOCRACIA POSIBLE"

Los efectos sociales y políticos de la irrupción de las masas en la escena política, el proceso de racionalización de la administración, el análisis concreto de la situación política de Alemania, son algunas de las razones que empujan a Max Weber a plantear lo que él mismo denominará la "Democracia Posible". En este sentido es que podemos ver a un intelectual fuertemente comprometido con la coyuntura política, que reflexiona en torno a ella mezclando una cierta vehemencia, fruto de su indignación frente a lo dado, con una fina capacidad de análisis y de propuesta que han llevado a que sus reflexiones sean tomadas aún hoy como un inevitable referente teórico a la hora de evaluar las posibilidades de funcionamiento de la democracia en el mundo moderno. Los análisis de Weber articulan de una manera muy fina las precisiones conceptuales, la reflexión política coyuntural, y los análisis sociológicos acerca de los orígenes y las tendencias de la sociedad moderna.

La difícil tarea de democratizar una sociedad moderna de masas, no supone de manera necesaria e ineludible a nivel político, el incremento de la participación directa del cuerpo ciudadano, como masa inarticulada, sino que consiste en cambio en la forma del compromiso político.

La propuesta de la "democracia posible" que realiza Max Weber comprende un parlamento activo frente a una democracia competente que comprende una gran cantidad de competencias técnicas en una estructura gubernamental, en competencia con una burocracia de partido, que a su vez debe de poder encuadrar los desbordamientos emocionales de una masa desarticulada y pasional, combinando todo esto con la presencia de un elemento plebiscitario, cesarista, capaz de controlar y conducir políticamente esos contrastes. Como ya hemos analizado,

la denuncia de Weber no va en dirección a la burocracia, de la cual posee la mejor de las opiniones acerca de su inevitable papel; lo que le preocupa es el declive de la actividad política por excelencia, en nombre de un saber técnico convertido en pura administración, y donde la política cumpla un papel meramente accesorio y declamativo tal como se puede ver en su descripción de la Alemania de Bismarck.

VALORES Y VOLUNTAD POLÍTICA

Frente a este enorme poder establecido, Weber va a defender la especificidad de la política como actividad basada en valores, diagrama que se nutre de un componente parlamentario, sobre la base del sufragio universal y la selección de líderes basada en el consenso plebiscitario.

Es posible identificar en este diagrama tres elementos que hacen a la formación de la voluntad política que se desarrolla en la idea de la "democracia posible". En primer lugar, un rasgo cesarista, el poder del mayor número de ciudadanos, mediante el cual el pueblo elige mayoritariamente al presidente (Weber pone como ejemplo el caso de los Estados Unidos), y por el cual se seleccionan los líderes plebiscitarios de entre los mejores candidatos presentados por las maquinarias partidarias, previamente entrenados principalmente en las tareas parlamentarias y en el trabajo de las comisiones, donde el político va a aprender él mismo, el funcionamiento de la administración y donde adquirirá la capacidad necesaria para ejercer un control responsable sobre el poderoso aparato burocrático. En segundo lugar, el proceso de selección de liderazgos, previamente mencionado, proceso por el cual las masas seleccionan a las elites que van a asumir el papel protagónico en el juego por el poder. Este es considerado como uno de los rasgos más importantes de la dinámica política sobre la que se estructura la idea de la "democracia posible".

Estos individuos provenientes de la arena parlamentaria son seleccionados, van a ser elegidos, en base a su competencia técnica, su capacidad de dirigir, su carisma, y su vocación de liderar responsablemente procesos que incluyan un compromiso con determinados valores, a lo que hay que agregarle la medida suficiente como para no caer en voluntarismos inconducentes. Estos individuos van a constituirse en los protagonistas de la formación de la

voluntad política; son estrictamente los políticos profesionales, que viven "de y para la política", quienes van a ejercer esta tarea. Se trata, como vimos de, una elite entrenada en la gestión de los asuntos públicos que es seleccionada por las masas y por los aparatos partidarios para protagonizar la política moderna. Como ya vimos estos individuos deben estar provistos de firmes convicciones y de un fuerte sentido de responsabilidad con respecto a las acciones públicas y a los procesos desatados en la actividad política.

LA OPOSICION BUROCRATA-POLITICO

La teoría política weberiana es por esta razón generalmente catalogada de elitista, y de poseer una visión muy crítica del ciudadano. Hay en efecto en los escritos weberianos una posición muy escéptica con respecto al ciudadano moderno; Weber sostiene que las masas actúan muy frecuentemente de forma emotiva y no saben medir sus propios intereses, o a lo sumo "piensan hasta pasado mañana". No obstante sostiene las bondades de la democracia, pero prefiere una democracia en donde el ciudadano solo se dedique a elegir a los mejores para que gobiernen, ya que son incapaces de hacer algo más que esto con mediana fecundidad. La ciudadanía elige

REFERENCIAS

- Aguilar Villanueva, Luis (1984) *El programa teórico político de Max Weber en Política y Desilusión (Lecturas sobre Weber)* México, UAMA, 1984.
- Fernández Santillán, José (1996) *Norberto Bobbio: el filósofo y la política: Antología*. México, FCU.
- Freund, Julien (1985) *Sociología de Max Weber*. Barcelona. Península.
- Held, David (1991) *Modelos de democracia*. Madrid, Alianza.
- Kelsen, Hans (1977) *Esencia y valor de la democracia*, Barcelona, Guadarrama.
- Mommsen, Wolfgang (1981) *Max Weber: Sociedad, política e historia*, Buenos Aires, Alianza.
- Musti, Domenico (2000) *Democracia: orígenes de una idea*. Madrid, Alianza.
- Pegoraro Taiana, Juan (1984) *Estado y burocracia en el pensamiento de Weber en Política y Desilusión (Lecturas sobre Weber)* México, UAMA, 1984.
- Rabotnikof, Nora (1984) *Max Weber: la reflexión sobre lo político moderno en Política y Desilusión (Lecturas sobre Weber)* México, UAMA, 1984.
- Rabotnikof, Nora (1989) *Max Weber: Desencanto, política y democracia*. México, UNAM.
- Weber, Max (1991) *Escritos Políticos*. Madrid, Alianza.
- Weber, Max (1984) *El político y el científico*. Madrid, Alianza.
- Weber, Max (1985) *Sobre la teoría de las ciencias sociales*. Barcelona. Planeta-Agostini.

Convivencias

Últimos artículos publicados en esta serie:

- (CLCLIV) *Y después de Evo Morales ¿qué?* (Franco Gamboa Rocabado, N° 407)
- (CLCLV) *Resistencia civil*. (Andrea Mejía, N° 407)
- (CLCLVI) *Liberalismos*. (Agustín Courtoisie, N° 408)
- (CLCLVII) *El encantamiento soviético, año 100*. (Hebert Gatto, N° 409)

directamente al gobernante, creando así lo que podríamos denominar como un liderazgo plebiscitario, ya que luego de eso las masas se retiran de la acción pública para dedicarse a su vida privada. Se trata en suma de una concepción de la democracia caudillista, en donde la ciudadanía elige a los candidatos en los cuales confía, encargándole la gestión del gobierno.

La clara oposición, típica en los desarrollos weberianos, entre burócrata y político aparece con total claridad cuando presenta al parlamento como lugar privilegiado de formación de dirigentes:

Lo decisivo es que para el caudillaje político sólo están preparadas las personas que han sido seleccionadas en la lucha política, porque toda política es, por su esencia misma, lucha. Y eso, quírase o no, lo asegura globalmente mejor el tan vituperado "oficio de demagogo", que la sala del archivo, la cual, por su parte, brinda una preparación infinitamente mejor, en relación con la administración objetiva.

Esta concepción elitista de la política no tiene demasiado que ver con la teoría clásica de la democracia, de acuerdo con la cual el dirigente respondía a la voluntad del pueblo, aun cuando sólo fuera señalada de manera general, y donde la misma era el resultado de la deliberación libre entre ciudadanos reunidos en una asamblea.

A su vez, Weber le adjudica a la labor parlamentaria una importante tarea en el funcionamiento de la "democracia posible", y lo expresa en dos sentidos: por un lado en la selección de liderazgos, y por el otro en el control de la creciente y eficaz burocracia. Los protagonistas de la labor parlamentaria son esos políticos profesionales que mencionábamos anteriormente, que integran partidos políticos profesionales, burocratizados, fuertemente disciplinados, verdaderas empresas políticas que compiten entre sí por el poder, y que son portadores de principios que dirimen la probidad de sus valores en la arena política. La actividad parlamentaria de estos políticos es fundamental en el control de la administración, y primordialmente en la publicidad de la gestión administrativa de los especialistas que integran los cuadros de la burocracia.

LA REFORMULACIÓN DEL PARLAMENTO

El parlamento así, es visto como el lugar en donde la razón pública tiene lugar, un sitio donde los mejores argu-

mentos son esgrimidos por los ciudadanos elegidos por el pueblo, respaldando las ideas, los valores, que exhiben en competencia pública los políticos profesionales. En el parlamento, los políticos no solo se limitan a votar los presupuestos, sino que asumen las responsabilidades de su accionar público, trabajan en las comisiones, en donde además de controlar la gestión de la burocracia, aprenden el funcionamiento administrativo del estado; se entrenan en los saberes propios del funcionariado administrativo y se adentran en la información manejada por unos pocos individuos que suelen convertirse en imprescindibles eslabones de una compleja cadena administrativa.

La reformulación del parlamento alemán propuesta por Weber, va a tener una fuerte fuente de inspiración en el parlamento inglés. La reformulación de la importancia del parlamento está orientada en varias direcciones; por un lado reforzar el control y contrapeso de la burocracia, verdadera obsesión de Weber; por otro lado la imperiosa necesidad tanto coyuntural como permanente de generar una arena política en la que el individuo, necesario protagonista de la vida pública forjara sus potencialidades carismáticas y aprendiera todo lo necesario para ejercer el llamado "control parlamentario"; en tercer lugar la idea de generar una serie de órganos de representación popular (parlamento y partidos políticos) que solucionaran la carencia de una arena política agoral al estilo de lo que pregonaban los nostálgicos de la democracia clásica; y por último la construcción de un momento institucional donde generar las mediaciones y los compromisos entre los distintos grupos partidarios.

La realidad de los partidos modernos, es la de la democratización y la del número, aparecen a simple vista como la representación directa de la "nivelación social", base y efecto del Estado moderno. Parlamento y sufragio universal representarían la igualación de las diferentes capas sociales. Las inferiores, superiores en número, quedarían, por lo menos en términos de igualdad política, equilibradas en lo que respecta a la elección del mecanismo de control del gobierno, el mismo que funciona como selector de dirigentes. Así, las capas inferiores socialmente de la comunidad política verían abiertas las puertas al gobierno: solo necesitarían unirse para elegir algún lí-



der que desde el parlamento demostrara poseer el carisma y la sensibilidad demagógica necesaria para responder a sus reclamos.

Es así que el parlamento aparece como un órgano de participación de las elites electas, donde se elaboran las decisiones, donde se desarrolla la competencia, selección y tecnificación de los líderes partidarios, protagonistas exclusivos de la política profesional. Sólo a través de esta lucha de competencia en el terreno parlamentario, es que los políticos profesionales van a encontrar el estímulo y la formación necesaria para convertirse en verdaderos guías morales de la nación.

Pero la política solamente es para algunos, y el parlamento es el fiel reflejo de esta concepción, según la cual los ciudadanos elegirán a los dirigentes poseedores de algún tipo de "virtud cívica", que los distinga cualitativamente de los demás ciudadanos; algún tipo de conocimientos y valores morales que los habiliten, encaramados en los resultados electorales surgidos de los mecanismos de selección previstos, a hacerse cargo de las responsabilidades del gobierno.

Dice Weber al respecto: "Porque no es el conjunto multicéfalo del Parlamento en cuanto tal lo que puede "regir" y "hacer" la política. Esto no se piensa en ninguna parte del mundo; tampoco en Inglaterra. Toda la amplia masa de los diputados actúa como sé-

quito del o de los "leader" que componen el gabinete, y los sigue a ciegas mientras tengan éxito. Así debe ser. La actuación política se rige siempre por el "principio del pequeño número", esto es, el de la superior capacidad política de maniobra de los pequeños grupos dirigentes. Este sesgo "cesarista" es inextirpable (en los Estados de masas)." (Weber, 1991: 167)

Claro está, que el principio elitista del pequeño número, está asociado y entra en la misma argumentación con la masificación de los partidos ocurrido a partir del transcurso vía voto universal de los llamados partidos de notables a los partidos de masas.

La propuesta de la "democracia posible" aparece entonces como compleja, y forman parte de ella un parlamento activo y vigilante frente al funcionariado; una burocracia de Estado en competencia con una burocracia de partido, y una conducción carismática capaz de articular y liderar opciones innovadoras y comprometidas tanto en términos morales como en términos puramente políticos. Sin embargo, como dice Rabotnikof, "Ni la burocracia, ni el parlamento, ni el elemento cesarístico pueden erigirse por sí mismos en pivotes del sistema, sino que es la articulación y el contrapeso entre ellos lo que dota de dinámica al conjunto, en una combinación que también difiere de la clásica división de poderes" (Rabotnikof, 1989: 197).